

piritus, para socorrer á todos, para consolar á todos y sacrificar su propia existencia, á trueque de salvar la de sus hermanos, á quienes ve sucumbir víctimas del abandono en que yacen. Pero la filantropía, dominada de un torpe y soez exclusivismo, no reconoce otros intereses que los suyos propios; chupa hasta la última gota de sangre del pobre, por medio de un agiotismo impío; despoja á su patria, en nombre del patriotismo; empobrece los templos y los ministros del Señor al eco de religion y de culto; siembra la miseria y el envilecimiento en todas las clases, al propio tiempo que aturde los oídos con los gritos de prosperidad y progreso; y, reconcentrando dentro de sí misma toda su solicitud y sus cuidados, se presenta en toda su cobardía y fealdad, que le es propia, siempre que se deja ver alguno de estos fenómenos extraordinarios, que, de cuando en cuando, suelen llenar de espanto á la humanidad entera.

En vano, pues, se intenta sustituir la filantropía á la caridad del Evangelio. Los hechos de ambas son bien patentes, y demasiado manifiestos sus resultados, para que los hombres se dejen deslumbrar por los que ensalzan hasta las nubes el nuevo género de beneficencia, al que se ha decorado con el pomposo nombre de filantropía. Toda beneficencia que no esté fundada en un principio divino, y de él se derive como la rama se desprende del tronco, será un sueño, no una verdad ni una virtud positiva. Solo el amor divino puede destruir el egoísmo del hombre, y volverle capaz de experimentar las delicias de la verdadera beneficencia, de la beneficencia que, practicada en nombre de Jesucristo, nos hace dignos de una eterna recompensa.

Practiquemos, amados oyentes, la más excelente de las virtudes; corramos con ardor en pos de la caridad divina, de esa caridad ajena de todo punto á los cálculos y sórdidas especulaciones de los hombres, y tan distinta de la filantropía, cuanta es la diferencia que media entre el lenguaje y el espíritu de Dios, y el lenguaje y el espíritu del mundo. No amemos, os diré con el amado discípulo, no amemos solamente de palabra, sino de obra y de verdad: *Non diligamus verbo neque lingua, sed opere et veritate*. Amemos á nuestros semejantes en Dios y por Dios: amémoslos como á nosotros mismos; hagámosles todo el bien que para nosotros desearíamos: sepamos prevenir sus necesidades, anticipémonos á sus súplicas, practiquemos la beneficencia con alegría, con desinterés, con el único deseo de agradar á Dios; de este modo impondremos silencio y confundiremos la ignorancia de los hombres nécios y locos, como nos manda san Pedro, y el Padre celestial recompensará con esplendidez nuestra caridad.

Salvador amabilísimo, que desde la eternidad amasteis á los hom-

bres con una caridad perpétua, inspiradnos á todos los sentimientos generosos, que estrechan todos los seres racionales con los lazos de un amor comun. Vos nos mandais, que nos amemos unos á otros como vos nos habeis amado; haced, pues, que nos sacrifiquemos por nuestros hermanos, y llevemos el heroísmo de nuestra caridad hasta declararnos los bienhechores de nuestros enemigos, para que, de este modo, merezcamos que nos reconozcais por verdaderos discípulos vuestros, nos honreis con vuestro amor, y nos hagais partícipes de vuestra felicidad en el cielo.

Véase: FRATERNIDAD.

FIN DEL HOMBRE; véase: HOMBRE.

FLAQUEZA; véase: FRAGILIDAD.

FILIAION DIVINA DEL CRISTIANO.

Ecce ego, et pueri mei, quos dedit mihi Deus.
He aquí yo, y mis hijos, que Dios me ha dado.

(HEB. II, 13.)

Una de las verdades incontestables de nuestra fé es, que en el mundo de la naturaleza y de la gracia, todo fué hecho por el Verbo de Dios.

La vida, que estaba en él, la comunicó con inmensos tesoros de amor á millones de criaturas. Estas palabras de san Juan nos indican, que el Verbo, hecho hombre, Jesucristo, es el padre eterno de todas las cosas, puesto que á él únicamente deben la vida.

Este modo de hablar, impropio, al parecer, cuando se aplica á la creacion, á la supremacía de Jesucristo, sobre los seres privados de raciocinio, adquiere una extraordinaria fuerza de verdad, cuando expresa las relaciones de filiacion que con él nos unen. Al recitar la oracion dominical, el cristiano se dirige á la Trinidad entera, dándole el título de Padre, título que el Salvador puede reivindicar de

una manera especialísima. Con efecto, por los méritos de su muerte, hemos nosotros recobrado la gracia santificante, que, para sí y sus descendientes, perdieron nuestros primeros padres. Así como la primera mujer salió de la costilla de Adán, sumido en misterioso sueño, del mismo modo, según los santos Padres, hemos nacido nosotros del costado entreabierto de Jesucristo, espirando amoroso en la cruz. «La sangre y el agua que manaron de esta llaga, dice san Agustín, forman en la Iglesia los hijos de Dios.»

Esta filiación espiritual se nos comunica por medio de los sacramentos, y, principalmente, por el bautismo; misteriosos canales, que nos traen la santidad, cuyo inagotable manantial es Jesucristo. Por consecuencia de esta generación sobrenatural, llama el profeta Isaías á Jesucristo, Padre del siglo futuro: *Pater futuri sæculi* (ISAÍAS IX, 6).

Con este motivo, decía san Pablo, que el Salvador, al presentarse á su Padre, con todos los suyos, le habló así: Heme aquí con los hijos que me habeis dado: *Ecce ego, et pueri mei, quos dedit mihi Deus*. Y en el mismo sentido, el divino Maestro, después de la resurrección, presentándose á los apóstoles, que en plena noche estaban pescando, les dijo: Hijos míos, ¿tenéis algo que comer? *Pueri, numquid pulmentarium habetis?* (JUAN XXI, 5).

No es mi ánimo penetrar más hondamente en el estudio de esta verdad, que todos nosotros creemos con firmeza. Siendo indiscutible nuestra filiación divina en Jesucristo, quizá redundará en provecho de nuestras almas el averiguar, cómo y porqué el título de hijos del Salvador es tan soberanamente apreciable. Hijos de un siglo, que desprecia lo pasado, ¿acaso no sentimos cierto orgullo muy legítimo, en llamarnos descendientes de una ilustre raza? ¿Es posible comparar á nuestros padres, cualquiera que haya sido su gloria en el pasado, y sea cual fuere su prestigio en el presente, con ese Padre, de quien deriva toda paternidad, toda grandeza; de quien procede el amor, la verdad, la justicia y la santidad? Quisiera rodear de cierta aureola la proposición siguiente: Nuestra filiación en Jesucristo es una cualidad excelente en sumo grado, ya se considere el principio y la forma por la cual llegamos á ser hijos del Señor, ya se mediten los deberes que este título nos impone, y las prerogativas que al mismo van unidas. Para el acierto, pidamos la gracia. A. M.

1. La cualidad de hijo de Dios es un título de gloria, una dignidad grandísima. San Agustín nos enseña, que la obra más grande de la sabiduría, del amor y del poder es la encarnación del Verbo, que,

siendo Hijo de Dios, se hizo Hijo del hombre. La adopción espiritual y divina del hombre, ántes pecador, hijo de maldición y de cólera, después, por un milagro de la gracia, convertido en hijo de amor; esta maravilla es incomparablemente superior á todo cuanto admiramos aquí bajo. La excelencia de nuestra filiación se deriva de su principio y de la manera como la recibimos. Ahora bien; aquélla no tiene más origen que el Salvador, Dios y hombre juntamente. Después de habernos sacado de la nada, se dignó añadir á nuestra vida natural una vida de gracia, vida de rectitud, de perfección, vida divina, porque él es quien elevó á nuestros primeros padres al estado de inocencia y de santidad, para que pudieran adquirir la más sublime de las glorias. Esa vida nos fué arrebatada por el pecado de Adán, y el Salvador se encarnó para devolvérsela. Por cuyo motivo escribió san Juan estas palabras: A todos los que le recibieron, que son los que creen en su nombre, dióles poder de llegar á ser hijos de Dios. Lo cual significa formalmente, que Jesucristo es el principio de nuestra filiación divina: *Quotquot autem receperunt eum, dedit eis potestatem filios Dei fieri, his, qui credunt in nomine ejus* (JUAN I, 12).

Y ¿cómo se han cumplido estas cosas?

Por el bautismo nos hemos convertido en hijos de Dios.

El pecado, que es una muerte real, en cuanto nos separa de Dios, el pecado queda destruido por el bautismo, y la vida, envuelta en oleadas de gracia, entra en nuestras almas regeneradas. Desde entonces viven, y Dios las ama, porque la gracia de que están adornadas las hace hermosas y agradables á sus ojos. Hállanse revestidas de un espléndido adorno, mucho más encantador que el oro y las piedras preciosas; y en medio de este adorno, como en un templo magnífico, se complace el Señor en habitar.

Las grandezas humanas, si se las compara con el título de hijos de Dios, son vanidad; ellas pasan, caen en el polvo, como los que de ellas se revisten; pero la calidad de hijo de Dios, de hermano de Jesucristo, de heredero del cielo, esa calidad, no pasa, es eterna, y glorifica al que la sostiene con nobleza. «El alma, revestida de la forma divina por el bautismo, dice san Cipriano, es más grande, está más elevada, que todo lo más sublime que encierra el mundo. Asociada y unida á Jesucristo, no formando con él más que un solo hijo de Dios, reina también con él. La púrpura, que la cubre, es la sangre del Salvador, en la que se ha bañado; y los ornamentos de su pontificado son los méritos y virtudes del Hombre-Dios.» Hé ahí lo que es nuestra dignidad, comparada con las grandezas de la tierra. ¿Quién

se atreverá á quejarse de haber quedado olvidado en el reparto de los bienes de aquí bajo, cuando tan altos nos encontramos con respecto á las cosas de la salvacion y del cielo?

Pasando de maravilla en maravilla, veamos como el niño bautizado entra en inefable asociacion con las adorabilísimas personas de Trinidad.

El Padre ama al cristiano como á hijo suyo, porque, habiéndose incorporado el cristiano al Salvador, no forma con éste más que un hijo de Dios.

El Hijo nos mira como sus asociados, que con él formamos un cuerpo, porque somos sus miembros; formamos un espíritu, porque nos comunica sus ideas, sus sentimientos, á fin de que pensemos como él, amemos lo que él ama, aborrezcamos lo que él condena; y por último, formamos una masa comun de bienes, porque nos dá sus méritos, su cuerpo, su alma, su divinidad, todo cuanto tiene, todo lo que él es. «Yo estoy en ellos, decia Jesús á su Padre, y vos estais en mí, para que ellos sean una misma cosa.» *Ut omnes unum sint, sicut tu, Pater, in me, et ego in te* (JUAN, XVII, 21).

El Espíritu Santo se une á nuestras almas como el esposo á la esposa, para guiarnos, para ilustrarnos, para aconsejarnos, para sostener nuestra debilidad, para ser, en una palabra, el alma de nuestras almas. El Espíritu Santo reside en nosotros como en un templo, que santifica, que consagra con su augusta presencia.

¡Oh prodigio! El Espíritu Santo descende en forma de paloma, porque aquel á quien S. Juan bautiza es el Hijo de Dios.

Iguales honores se nos dispensan. El día en que el agua purifica nuestras frentes, la augusta Trinidad, inclinándose hácia nosotros, nos dirige desde el cielo aquellas palabras que hicieron estremecer las aguas del Jordan: *Hic est Filius meus dilectus in quo mihi bene complacui* (MATEO XVII, 5).

Cuando se tiene la dicha de ser bautizado, se puede ser objeto de los más magníficos favores del cielo; pero por inmensas que sean estas nuevas gracias, son inferiores de mucho á la de la adopcion divina. El don de profecía, el don de milagros, el don de interpretar la Escritura, el don de entender ó hablar idiomas no propios; el don de curar las enfermedades más rebeldes, todos estos dones, que son privilegio de algunos, si se reúnen en la cabeza de un solo cristiano, serán ménos que la gloriosa cualidad de Hijo de Dios. Y ¿por qué? Porque muy bien se puede ser enemigo de Dios, y tener poder, ciencia y prerogativas muy por encima de cuanto le es dable poseer naturalmente al genio humano. Los demonios conocen algo de lo porvenir;

pueden revelarnoslo, pueden enseñarnos mil secretos de la naturaleza, escapados hasta hoy y ocultos para siempre á las más incansables investigaciones de la ciencia; pueden, en fin, producir acciones prodigiosas, actos tales, que engañen la credulidad de los pueblos, como sucederá al final de los siglos para el establecimiento del reino lamentable, pero efímero, del Anti-Cristo. Pero, con todo su poder, superior al de los hombres, los demonios no son hijos queridos de Dios, y serán en su presencia abominables por toda la eternidad.

2. Un hombre de nuestros días ha dicho una frase, que pronto ha llegado á ser proverbial: NOBLEZA OBLIGA. La altísima dignidad del Hijo de Dios nos impone necesariamente los más sagrados deberes.

El primero de ellos, consiste en llevar una vida exenta de crímenes.

Aquel que ha nacido de Dios, dice S. Juan, no hace pecado, porque la semilla de Dios, que es la gracia santificante, mora en él: *Quoniam semen ipsius in eo manet, et non potest peccare, quoniam ex Deo natus est* (I, JUAN, III, 9).

Seria un gravísimo error creer, que la gracia no puede perderse. La gracia viene á ser un licor espiritual, contenido en vasos de arcilla, que, al menor choque, se rompen. En tanto que no alcancemos una santidad definitiva, como la de los amigos de Dios que están en el cielo, podremos perder la gracia, abusar de nuestra libertad, ofender gravemente la magestad divina, y, por consecuencia, vernos privados de su amor. Pero la gracia que se nos concede, nos excita de continuo á la santidad, á la práctica de la virtud, y á apartarnos del mal. Esa gracia nos recuerda que, habiendo llegado á ser nuestra alma hija del Salvador, esposa y morada predilecta del Espíritu Santo, es un crimen mancharla y arrebatarla su pureza y su inocencia. A sus ojos, á los ojos de la misma razon, el pecado es cosa vergonzosa. Para que evitemos esta vergüenza, la gracia levanta su voz dulce y persuasiva; alumbra nuestro camino con los placenteros rayos de su luz purísima, nos tiende la mano como á hijos, cuyo andar es vacilante, y nos confía armas empapadas en sangre del Salvador, para que podamos aterrar al antiguo enemigo. Esta gracia es omnipotente, es la fuerza de Dios, es Dios mismo; y si la tomamos como auxiliar, el éxito de nuestro combate será seguro. En este sentido, dijo san Juan: Todos aquellos que han nacido de Dios, que viven con él, que luchan con él, alcanzan vencer al mundo: *Omne quod natum est ex Deo, vincit mundum* (I, JUAN, V, 4). Esta gracia nos hará condenar lo que pueda envilecernos, y buscar aquello que pueda honrarnos. Sabed, pues, que el pecado, por sí solo, nos hace abominables, mientras que el hijo de Dios, dichoso en humillarse,

en prestar á sus hermanos los más inferiores servicios, en llenar las ménos envidiables funciones, en callarse cuando se le ultraja con la maledicencia ó la calumnia, se engrandece realmente á los ojos del cielo y de la tierra.

El segundo deber del hijo de Jesucristo es servirle con amor.

Por el bautismo, que nos ha dado tan glorioso título, hemos recibido, dice san Pablo, el espíritu de adopción, y no el espíritu de servidumbre: *Non enim accepistis spiritum servitutis iterum in timore, sed accepistis spiritum adoptionis filiorum* (ROM, VIII, 15).

Los esclavos no aman á sus dueños; les obedecen temblando, con terror; y no les servirían, sin la paga con que son compensadas sus penas. Así son los hombres; es preciso pagar con largueza todo cuanto se obtiene de ellos.

En cuanto á nosotros, hermanos míos, que ya no somos esclavos sino hijos del Salvador, le serviremos con amor, con confianza, sin temer de él otra cosa que el castigo debido á nuestras faltas, y sin otro deseo que el cumplimiento de su misericordiosa voluntad. No esperemos las recompensas pasajeras, deseemos únicamente la recompensa celestial: este es el secreto de merecer la imperecedera corona.

¡Ah! cuando somos culpables es cuando nos importa, sobre todo, dirigirnos á Jesucristo, con el afecto de un hijo que se precipita en los brazos de su padre. No hay duda, que una punzante confusión, un temor exagerado, la grandeza y el número de nuestras ofensas nos detiene: una especie de estupor, de parálisis, nos impide avanzar por el camino de la virtud; una fuerza secreta, casi invencible, nos arrastra hácia nuestros primeros desórdenes. En tal estado, escuchemos al divino Maestro; su voz dulce como la miel, penetrante como la hoja de acero, nos dirá: Hijo mío, ten confianza; ven á mí; hijo mío, dame tu corazón enfermo, que yo lo curaré; entrégame tu corazón triste y lleno de vergüenza, que yo lo consolaré! Hijo pródigo, yo he subido todos los días á las alturas próximas á mi casa y he dirigido mi mirada á las lejanas comarcas por las cuales andabas perdido. Apresúrate á volver al hogar paterno, en el cual, hasta los criados, gozan en la abundancia y la alegría. ¡Ah! para festejar la vuelta del hijo, que creí perdido, se matará un ternero cebado, se celebrará un banquete, y no solo le regalaré el anillo de la reconciliación, el anillo de la fidelidad, sino también el precioso vestido de la inocencia, el vestido de la filiación. El amor llama al amor. ¡Pecadores endurecidos! dejaos vencer por la infinita caridad de Jesucristo; limpiaos de la lepra del pecado, que os deshonorá, y no olvideis, que aún

en medio de vuestros desórdenes, sois siempre hijos carísimos para el corazón de nuestro padre.

Nuestro último deber hácia Jesucristo, es imitarlo.

El Salvador decía á los Judíos: Mis obras dan testimonio de que Dios es mi padre, porque yo tan solo hago lo que le veo hacer; de manera, que quien me ve á mí, ve también al Padre: *Qui videt me, videt et Patrem* (JUAN, XIV, 9).

La vida del Salvador fué un reflejo de la vida de su Padre; la nuestra debe ser igualmente una imagen de la de Jesucristo, es decir, debemos copiarle con tal fidelidad en la práctica de todas sus virtudes, que, al vernos, se diga: Ese es cristiano, ese es discípulo del Salvador, ese es otro Cristo. *Alter Christus* (PABLO). ¿No decimos proverbialmente: á tal padre tal hijo? Pues bien, este dicho, aplicado á la mayoría de los cristianos, comparados con su padre Jesucristo, Señor nuestro, este dicho, ¿no es suficiente para hacernos morir de vergüenza? El Salvador era dulce, humilde, pobre, resignado, obediente, modesto, lleno de compasión y caridad; y nosotros, hijos indignos de ser puestos en parangón con él, nosotros tenemos todos los defectos, todos los vicios opuestos á sus admirables virtudes.

3. La excelencia de nuestra filiación divina descansa, pues, sobre las prerogativas vinculadas á ella. Y ¿cuáles son estas prerogativas?

Jesús, en su cualidad de Padre de los cristianos, les dá derecho sobre todos sus bienes; y, además, les protege con la más tierna solícitud.

Todos los bienes de este mundo, todos los bienes del cielo pertenecen á Jesucristo. Como Hombre-Dios, tiene un dominio universal, porque su Padre le instituyó heredero universal de todas las cosas. *Constituit hæredem universorum...* (HEB. I, 2). San Juan nos indica el motivo: el Padre ama á su Hijo, y ha puesto todas las cosas en su mano: *Pater diligit Filium, et omnia dedit in manu ejus* (JUAN, III, 35). Ahora bien; tres son las clases de bienes de que el Salvador es soberano dueño: los bienes temporales, los espirituales y los eternos. Nosotros somos hijos del Redentor, y, por consiguiente, herederos suyos; por manera, que si permanecemos unidos á él, con los sagrados lazos de la adopción y de la gracia, tenemos un derecho real sobre todos los bienes de nuestro Padre.

Se comprende que el pecador, convertido por sus crímenes en enemigo de Dios, se ha hecho indigno de todo. Ha roto el lazo que le unía con el cuerpo místico de Jesucristo; se ha separado de su sociedad; se ha colocado, pues, voluntariamente fuera de toda participación á la herencia del Padre de familia.

Los bienes de este mundo han sido malditos. Envueltos en la corrupción general, son, entre nuestras manos, otras tantas armas peligrosas, con las cuales nos damos la muerte. Por sí mismos, y según los designios de Dios, son auxiliares para ayudarnos á merecer el cielo; pero, sin la gracia, es imposible que puedan servir para un fin tan sublime y sobrenatural. Por otra parte, el Salvador los tiene en tan poca estima, que nos los distribuye como le placé, con justicia siempre, y lo más frecuente, con cólera.

Hé aquí otros bienes más dignos de los hijos de Dios; la palabra, la gracia, el espíritu, los sacramentos, el cuerpo, los misterios y la cruz de Jesucristo.

Jesucristo nos ha dejado su palabra. Padre mio, yo les di las palabras que tú me diste: *Verba, quæ dedisti mihi, dedi eis* (JUAN, XVII, 8). ¿A quién irémos, exclama San Pedro, á quién nos dirigiremos, Señor? Tú tienes palabras de vida eterna. *Domine, ad quem ibimus? verba vitæ æternæ habes* (JUAN VI, 69). Esta palabra, dice el Profeta, es más preciosa que el oro, más dulce que la miel; es una palabra de bendición. Como una lámpara de oro, brilla ella sobre nosotros; como un amigo, cuyo corazón se derrama en el nuestro, nos sirve de consuelo, es nuestra vida. ¡ Dichosos los hijos que guardan y practican la palabra de su Padre!

Jesús nos dá su gracia como una fuerza que ayuda á nuestra flaqueza, que centuplica nuestra energía, sin destruir nuestra libertad. La gracia de Jesucristo es su amor y su vida; las almas, adornadas con la gracia, son sus verdaderos hijos, en los que derrama sus delicias, en quienes habita. Esta gracia nos eleva por encima de este mundo; le somos deudores de ser imágenes del Salvador, sus hijos, sus hermanos, sus herederos; debémosle el ser casi unos dioses. ¡ Dichosos aquellos que viven de esa vida, que no tienen otro adorno!!

Jesús nos comunica su divino espíritu. Lo ha enviado en medio de nosotros para consolarnos de su ausencia, y en prenda del celestial reino que nos tiene prometido. Es un espíritu de verdad, de caridad; un espíritu de santidad, un espíritu de sabiduría, un espíritu de piedad, un espíritu de fuerza, un espíritu de oración. Se parece á la dulce luz que nos calienta con su fuego sagrado, á un soplo celeste que proporciona alas á nuestros buenos deseos. ¡ Bienaventurados aquellos que viven de ese espíritu creador y consolador! Todo lo vén con los ojos de la fé; todo lo aman con el sentimiento del amor divino!

Jesús nos dá sus sacramentos; todo cristiano tiene derecho de beber en tan misteriosas fuentes. Cuanto más deseemos la gracia y más la solicitemos, con más abundancia la obtendremos. ¡ Dichosos aque-

llos, que han probado esa bebida angelical! ¡ Dichosos los que conocen los dones de Dios!!

Jesús nos dá su cuerpo, entregado por nosotros, y clavado en la cruz. Este cuerpo sagrado es el alimento de los hijos del Salvador, es la prenda perpétua de su amor por ellos, la base de sus esperanzas, el principio de su gloriosa resurrección. ¡ Oh! cuán precioso es este bien, este adorabilísimo cuerpo de Jesús!

Jesús nos dá sus misterios; misterios adorables, terribles, impenetrables y consoladores. Son la base y el alimento de nuestra fé, de nuestra esperanza, de nuestra caridad; se parecen á los astros invisibles, que derraman sobre la tierra una luz superior á la de nuestra razón, y de la cual nuestra razón no puede prescindir.

Jesús nos dá las insignias de su reino, los instrumentos de su pasión, su corona de espinas, para que expiemos las criminales locuras de nuestro orgullo; su cetro de caña, para que nos arrojemos en sus brazos como en un asilo que está al abrigo de las tempestades, y tengamos el valor de servirle y adorarle públicamente como nuestro Rey y nuestro Padre; su manto de vieja púrpura, para que nos sonrojemos de nuestros pecados, y aspiremos al único adorno digno de un cristiano, el pudor, la modestia, los perfumes, el resplandor de las buenas obras, las cualidades exquisitas del corazón y del espíritu; su cruz, para que la llevemos y subamos con él al Calvario, muriendo allí; la lanza y los clavos, para que traspasemos en nuestro corazón el amor propio, y derramemos por su gloria toda la sangre de nuestras venas!

Tales son los bienes espirituales que el Salvador pone á disposición de sus hijos, sin distinción de fortuna, talento, edad y nacionalidad; bienes infinitos, capaces por sí solos de enriquecer y salvar á millones de universos. ¿ Se puede esperar semejante herencia de todos los monarcas juntos?

Hay también bienes eternos, cuya posesión nos prepara el Salvador en la Corte de su padre. El derecho de entrar en el cielo, adquirido por el Salvador en provecho de toda su familia, no es un derecho absoluto, estricto de recibir la corona eterna, aún cuando la muerte nos cogiera en estado de pecado mortal. El Señor nos ha puesto en camino de merecer esta infinita recompensa, prometida á los buenos servidores, y formalmente negada á los malos. Este derecho, pues, puede perderse por un pecado, lo mismo que Esaú por un plato de lentejas cambió el derecho de su progenitura.

¿ Qué es lo que debemos deducir de todo lo expuesto? La antigua sabiduría ha reasumido en dos palabras el más importante de sus

preceptos; conócele á tí mismo: *Nosce te ipsum*. Lo repetiré á mi auditorio. Cristianos, conozcámonos á nosotros mismos, acordémonos con frecuencia, que somos hijos de Jesús, que hemos sido investidos de una grandeza superior á todas las dignidades humanas, que nos asocia á la augusta Trinidad. Si á este título van unidas obligaciones sagradas, obligaciones que hemos jurado cumplir, también se derivan de él grandes ventajas. Huyamos del pecado, que nos envilece y deshonra á los ojos de nuestro Padre y á nuestros propios ojos. Sirvamos á Jesucristo con libertad, con confianza, con amor; imitemos sus admirables virtudes, y despreciemos las recompensas terrenales, esperémoslo todo de la bondad divina, que acoge generosamente al pecador, que perdona ante el arrepentimiento, y que nos asegura la posesion de imperecederos bienes. En la casa del rico se ve á los hijos orgullosos de su futura herencia. En el torbellino de los negocios, millones de envidiosos aspiran á poseer brillantes fortunas, y desprecian los bienes legados por Jesucristo. Contentémonos nosotros con el pan cotidiano y con la salud que lo gana; pero arrojémonos sobre los tesoros del Salvador para saciarnos de ellos, embriaguémonos con su palabra, con su espíritu, con su gracia, con la fecundidad de sus sacramentos, la luz bendita de sus misterios y los suaves perfumes que despiden los instrumentos de su martirio. Devolvámosle amor por amor; no imitemos á esos niños perdidos por las locas caricias de sus padres, porque si éstos no tienen la mano bastante enérgica para corregir á su familia emancipada, el Salvador, sin dejar de ser un padre lleno de ternura, nos castigaria rudamente. Evitemos provocarle á tan terribles medidas, y, á este fin, obedezcamos á nuestros pastores, amémosles, porque su palabra y su amor son la palabra y el amor de Jesucristo. Nuestros pastores son guias seguros para llegar al cielo, donde el Padre divino espera á sus hijos para bendecirlos y recompensarlos eternamente. Amen.

FORTALEZA.

Deus dabit virtutem et fortitudinem plebi suæ.
Dios dará virtud y fortaleza á su pueblo.

(PSALM. LXVII, 36.)

La fortaleza es una virtud de que no puede prescindir el buen cristiano. El que está dotado de esta virtud, mira con desprecio todas las cosas terrenas, no suspira por otros bienes que los imperecederos; domina su amor propio, subyuga sus pasiones, tolera y deplora con ánimo tranquilo la adversidad, los trabajos y todo género de infortunios; y sigue con constancia la virtud, venciendo todas las dificultades que se le pueden oponer, para que no alcance lo perfecto que en ella se encuentra. Al contrario, al que no está dotado de esta virtud basta, para desanimarle, una pequeña desgracia, la más insignificante contradicción, cualquier infortunio. De aquí nacen los pesares, las melancolías y la desesperacion en que se pasa nuestra vida; de aquí el desasosiego que nos agita, que nos desconsuela, que nos impide atender á nuestras más esenciales obligaciones; que nos inspira mortales disgustos para los más santos ejercicios de la piedad, que casi nos imposibilita elevarnos á Dios, que hace titubear hasta los fundamentos de nuestra fé, y que nos induce á creer; no solo que Dios nos abandona, sino también hasta dudar si hay una Providencia que todo lo gobierne; no considerando, y por estar ciegos, no viendo, que por este mismo motivo debemos convencernos, de que la divina Providencia vela sobre nosotros, como quiera que las persecuciones y las cruces son el material precioso que debe formar nuestra corona.

El reino de Dios es un reino, que solo puede conseguirse por la violencia propia. Y ¿qué violencia se hacen hoy los cristianos? En los primeros siglos de la Iglesia, la fortaleza cristiana triunfó de la barbarie y de la inhumanidad; y hoy, que los cristianos solo tienen que luchar contra sí mismos, son vencidos todos los dias por la delicadeza y las dulzuras de la vida. La ociosidad los debilita, la prosperidad los relaja, el placer los encanta; no saben resistir al pecado, ni emprender obra alguna buena. Preciso es confesar, por más que nos cause rubor, que, en nuestros dias, se ignora lo que es la fortaleza cris-